

Logos Academy
Guayaquil - Ecuador

Eduarda Dávalos

Programa del Diploma del Bachillerato Internacional

José María Velasco Ibarra:

el hombre, el político y el Mesías

retratado en *El perpetuo exiliado*, novela collage

Docente guía

Cecilia Jijón

2018 - 2019

Declaración de autoría

Confirmando que soy la autora de este trabajo y que es la versión final. He citado debidamente las palabras o ideas de otras personas, se hayan expresado estas de forma escrita, oral o visual.

Dedicatoria

El presente trabajo monográfico está dedicado a mi abuelo, Juan Manuel Gómez de la Torre (1918 - 2012), quien sirvió noblemente a la República del Ecuador por más de treinta años y cuya memoria se despertó en mí, durante la lectura de la novela *El perpetuo exiliado*, inspirando la debida investigación.

Agradecimientos

Extiendo los más sinceros agradecimientos a Raúl Vallejo, autor de la obra *El perpetuo exiliado*, por haberse tomando el tiempo de concederme una entrevista y responder cuestiones sobre su trabajo novelístico, contribuyendo en gran medida a este trabajo monográfico.

A miss Cecilia Jijón, por haber sido la guía durante todo el proceso investigativo y de escritura, fortaleciendo y coadyuvando a la composición de este trabajo monográfico.

Abstract

La novela experimental en su lenguaje y la construcción narrativa es un asunto que me ha interesado desde que descubrí el placer de la lectura. Cuando el escritor Raúl Vallejo visitó Logos Academy, quedé intrigada por el concepto de *novela collage* que él expuso durante el conversatorio sobre su novela *El perpetuo exiliado*. Después de leer la novela, me pregunté en que medida la *novela collage* resulta efectiva para construir un personaje histórico desde una dimensión humana. Para mi investigación leí algunos textos teóricos sobre los planos narrativos en la novela contemporánea y tuve la oportunidad de entrevistar directamente al escritor sobre la escritura de su obra. Al final, mi trabajo me permite sostener que, al utilizar el collage para juntar una serie de voces narrativas y puntos de vista, el personaje de Velasco Ibarra, distante y carente de emociones de los libros de historia, se ha transformado en un ser humano complejo que habla con nosotros, lectoras y lectores, en el mundo de la novela.

Índice

Abstract / 3

Introducción / 5

Capítulo I: Los dos contextos / 6

Capítulo II: Velasco, el nuevo artificio / 8

Capítulo III: Velasco, el hombre enamorado / 11

Conclusión / 16

Bibliografía / 17

Anexo / 18

Introducción

La obra *El perpetuo exiliado*, del ecuatoriano Raúl Vallejo, implica, para mí, la convergencia de la ficción literaria y la historia de mi familia. Mi abuelo, Manuel Gómez de la Torre (1918 - 2012), coronel del Ejército del Ecuador, conoció al expresidente José María Velasco Ibarra durante su cuarto período presidencial. La novela presenta una versión que amplía el espectro de su figura, la que contrasta con la imagen arraigada del político en la memoria colectiva. Con estos antecedentes, decidí escrutar las técnicas empleadas que logran desmitificar la figura de Velasco en la novela. Por tanto, la pregunta guía del presente trabajo es: ¿En qué medida la novela collage resulta efectiva para reconstruir a un personaje histórico desde una dimensión más humana?

Para lograr responder a la pregunta de investigación revisé diversas fuentes en la World WideWeb, *www*, respecto a las nuevas técnicas narrativas y realicé una entrevista al autor del texto en estudio, por lo tanto, el objetivo del presente trabajo es verificar si los diversos planos narrativos incluidos en la novela ayudan a reconfigurar a un personaje histórico desde una perspectiva diferente.

Por medio de un enfoque analítico e interpretativo, se tratará de comprobar la función de cada plano narrativo para la conformación de un Velasco enteramente humanizado.

Capítulo 1: Los dos contextos

El personaje protagónico de la novela *El perpetuo exiliado*, es uno de los personajes más prominentes en la historia del Ecuador, José María Velasco Ibarra (1893 - 1979). Doctor en jurisprudencia, escritor y periodista; fue un hombre que predominó en la palestra política ecuatoriana por más de cuarenta años. Fue cinco veces presidente, cuatro veces derrocado y vivió más de veinticinco años en el exilio. Viviendo en el exilio, fue un observador de la Guerra del 41 y del Protocolo de Río de Janeiro (1942). Lideró revolucionariamente «La Gloriosa» (28 de Mayo de 1944), posicionándose otra vez en la presidencia. Se autoproclamó dictador en 1946. Fue objeto del golpe de Estado militar «El Cuartelazo» (agosto 1947), forzándolo a renunciar a su segundo mandato y a embarcarse en un avión que lo llevaría nuevamente al exilio.

Por las siguientes tres décadas, el Gran Ausente retornaría al poder tras triunfar en las elecciones populares. En el último velasquismo (1970 - 1972), se declaró dictador en medio del caos social, inestabilidad y el comienzo del boom petrolero. El quiteño, líder del partido conservador, además de enaltecerse como el portavoz de su chusma querida, se consagró como un personaje versado cuyas contribuciones literarias expresan una crítica a la política ecuatoriana. La novela *El perpetuo exiliado* (2016), se apropia de esta figura para ahondar en la faceta inexplorada del hombre que protagonizó la vida política del Ecuador del siglo XX.

El autor de esta obra, Raúl Vallejo (Manta, 1959), es un personaje del Ecuador contemporáneo, considerado como uno de los mayores impulsores de mejoras educativas y culturales en la sociedad ecuatoriana del siglo XXI. El poeta, novelista y educador manabita,

parte de la Nueva Narrativa Ecuatoriana, se ha caracterizado desde sus primeras publicaciones, sus cuentos y novelas por proponer un realismo novedoso y original: «Su oficio es merecidamente ganado a través de años en el oficio, con un [...] afán de perfeccionamiento técnico y de lograr una expresión literaria cabal para la temática múltiple de sus narraciones» (Sacoto, 2019)» (Monsalve 2004, 66).

La memoria colectiva ecuatoriana guarda de José María Velasco Ibarra dos imágenes: el eterno dictador, un tirano de carácter vehemente representante del partido conservador y la del caudillo mesiánico y poderoso que se entregó plenamente a su pueblo. Sin embargo, para Vallejo, aquel es un personaje semejante a cualquier humano, que debe descender del pedestal mitificado en el que ha perdurado, para encarnar sentimientos convencionales como el amor y la soledad. El autor establece una versión desmitificada de este personaje, cuyas fogosas intervenciones y su poder sobre las masas, lo configuraron como una figura polémica que recibe la veneración o el repudio de la memoria ecuatoriana. Bajo esta premisa, esta monografía se centra en discutir si la novela collage logra la reconstrucción de este personaje histórico desde una dimensión más humana.

Vallejo se propone presentar al Ecuador contemporáneo un Velasco que no se vea retratado desde una militancia política anti-velasquista; por el contrario, propone un Velasco vislumbrado desde una perspectiva literaria que esboza la realidad íntima de la vida en el exilio (Vallejo 2018). La novela está dividida en siete capítulos y 6 interludios: una novela collage, denominada así por Vallejo, inspirado por las obras plásticas del artista ecuatoriano Oswaldo Viteri (finales de los años 60), en las que se evidencia la técnica del collage (Vallejo 2018). El novelista sostiene que su obra se convirtió en un laboratorio de experimentación narrativa y define tres características que resaltan el concepto de novela collage: La

primera, es la existencia de una consciencia autoral sobre la incorporación de retazos no literarios. La segunda, es la transformación estética y lingüística de aquellos textos para la conformación de un mismo discurso novelístico y recursos que no difieran del tono y del enfoque holístico de la novela. Por último, propone la fusión de la escritura ficcionaria del autor dentro de los textos no literarios reales, bajo la estructura que procure sostener el hilo narrativo (Vallejo 2017).

Estos son los dos contextos de *El perpetuo exiliado*, donde se funden el testimonio de la historia y el mundo ficcional; discursos que Vallejo entreteje en su novela collage donde rescata un aspecto no conocido de la figura de Velasco, colocándolo en un molde humano y sensible al público lector.

Capítulo 2: Velasco, el nuevo artificio

La novela collage de Vallejo, construye un Velasco Ibarra desmitificado a partir de los diferentes planos narrativos. Este capítulo se centrará en analizar los «Interludios», que contribuyen a la visión holística de Velasco percibida por el lector, mas no a la omnisciencia de todas las voces narrativas. Los «Interludios» originan una novela cuyo narrador tiene la potestad de pasearse entre el mundo real y el mundo diegético, traspasando fronteras de tiempo y espacio. Es decir, entrelaza elementos discursivos distintos, unos subjetivos, íntimos y privados, otros históricos y frívolos: es lo que permite el distanciamiento del protagonista acerca de cómo lo recuerda la memoria ecuatoriana. La novela demanda, así, un lector activo, consciente de los juicios de valor emitidos a través de los discursos de los personajes y en ningún momento a través del narrador *per se*. Este es el recurso más empleado dentro de esta novela collage, para lograr armar un personaje histórico desmitificado, profundamente humano, apartado de la visión tradicional de los libros de Historia.

La voz narrativa en *El perpetuo exiliado* compone una narración que implícitamente desvela la figura de su autor, acentuando lineamientos característicos de la metaliteratura. Lagos sostiene que, en la metalepsis, técnica propia de la metanarrativa, se evidencia el afán de cometer una infracción contra las normas de construcción del relato. Los textos metalépticos se declaran rebeldes, al mostrar al lector el modo en que se construye la ficción, en lugar de presentarle la ficción como narración que simula serlo de un hecho real (Lagos 2011, 86).

Yo les ahorro la investigación [...] e invoco a Cervantes: junto a la

memoria de mi abuelo y los papeles manuscritos que él me legara, en la escritura de esta novela pervive la memoria del injustamente olvidado Cide Hamete Benengeli, aquel historiador árabe de cuyo manuscrito [...] (Vallejo 2016, 311).

Vernon sostiene que toda narración, autobiográfica o novelesca, histórica o inventada, depende de la memoria de alguien. No obstante, la memoria a la que recurre la novela es una memoria ficticia, independientemente de si es verídica o no. El trabajo radica en la representación, la imitación del proceso rememorativo y no en la transcripción literal e inmediata del acto de recordar (Vernon 1986, 429).

Esta novela collage parte de un discurso interiorizado en los «Interludios», donde la voz narrativa recurre, inicialmente, a la memoria personal, con el propósito de unirse a la edificación de una figura histórica a partir de su propia herencia familiar. Esto desemboca en la intromisión del autor como personaje, convirtiendo a los «Interludios» en un plano narrativo considerado, en cierta medida, un trabajo autobiográfico construido mediante un diálogo entre el narrador y los lectores: «Ese último encuentro fue más bien triste porque mi abuelo ya estaba muy enfermo [...] Después de un rato largo en el que estuvo viéndome, como si la memoria le diera vueltas en el cerebro [...] balbució: "Escribe, Chechiúl; *poetis mentiri licit*¹... promete..."» (Vallejo 2016, 121). A la historia de Velasco, del amor a su amada, de su amor a la patria, de su poderío y de su soledad, se une una voz narrativa autorreflexiva, que adhiere sus recuerdos a esta nueva interpretación de la historia.

Velasco Ibarra fue el centro político del Ecuador por más de cuarenta años; el tiempo y espacio, por la naturaleza de la novela,

¹ *Poetis mentiri licet* (del latín): Los poetas pueden mentir.

son, entonces, elementos que necesitan de la memoria colectiva para que se desenvuelva la trama narrativa. Sin embargo, tal como expone Vernon, en la cita respectiva, lo que predomina en la novela es la memoria ficticia que posiciona, como un eje transversal de la dimensión histórica de Velasco, la invención de una memoria íntima que responde a las condiciones del protagonista y los personajes. Se construye sobre los hechos históricos, pero no se reconstruyen los hechos históricos.

El proceso rememorativo difiere de lo que fácilmente se tiene acceso en los libros de historia, reiterando lo postulado por el autor, que define su trabajo artístico como: «Una novela de amor imbricada en la historia del Ecuador» en la que, efectivamente, «la historia está presente pero no es lo más importante». Vallejo (2018) explica igualmente, que la literatura contribuye al desentrañamiento de lo privado, que se apropia de la historia ecuatoriana, para reconstruir verosímelmente la historia personal del personaje protagónico:

Creo, por lo tanto, que [...] los escritores construimos la realidad de las palabras, esa que permanece en el volátil presente perpetuo [...] el tiempo del mundo [...]. Y, ya que todo lo que digo aquí es historia y [...] todo lo que cuento aquí es ficción, puedo afirmarles que toda palabra escrita en este palimpsesto es verdadera [...] (Vallejo 2016, 377).

Sobre estos artificios que integran esta novela collage se da: la composición de los planos narrativos sobre la metaficción; la importancia de la verosimilitud encontrada en la subjetividad de una narración que no rebusca en la verdad, sino que se entrafía en el interior de un ser, usualmente mitificado en la literatura ecuatoriana, pero que, en esta novela se descompone en juicios de los otros, en el amor, en el odio, en el miedo, en la soledad, denotando

una fragilidad alejada del poderío magistral de la figura que fue cinco veces presidente. Todo esto, sostenido por las palabras del autor: «Yo lo que quería era tener a un Velasco humanizado, no a un Velasco caricaturizado» (Vallejo 2018).

Capítulo 3: Velasco, el hombre enamorado

Corina del Parral Durán (1905 - 1979), poeta y compositora argentina, constituye una de las voces narrativas más importantes para reconstruir al Velasco Ibarra desde una dimensión humana, en la novela *El perpetuo exiliado*. Corita —el amor de Velasco y personaje protagónico femenino de la obra— desempeña la función imprescindible de exteriorizar la faceta vulnerable de Velasco. Desde la vida en intimidad, producto de un proceso de construcción de la ficción subjetivo y plenamente verosímil, la novela presenta a Velasco como el hombre enamorado. La voz de Corina es esencial pues se constituye en un elemento diferenciador que posee la novela en comparación a otros escritos de la literatura ecuatoriana acerca de un personaje categorizado como populista y demagogo.

El primer epígrafe, un extracto de la obra *Después de la vida*, es la premonición de la muerte de Corina en el primer capítulo, abriendo así lo que vendría a ser el ciclo del tiempo real dentro de la novela. Es decir, cronológicamente el suceso principal del primer capítulo se localiza en el día 8 de febrero de 1979 (muerte de Corina) en Buenos Aires, Argentina, durante el último exilio de Velasco Ibarra. Sin embargo, desde el primer capítulo surge una ruptura de la unidad de tiempo en la novela, al narrar porciones significativas en la vida privada de Velasco y de Corina. Verbigracia, la noche apasionada en que José María y Corina, entrelazaron por primera vez sus miradas durante su primer periodo presidencial, en uno de sus viajes de oficio en Argentina: «La noche que conoció a Corina fue para él un momento definitivo en el que esa soledad cotidiana arrastrada durante tantos años y la secreta vida parisina [...] se condensaron en la mirada cargada de deseo y ternura con la que arrinconó a la joven

artista del piano» (Vallejo 2016, 42-43). Esa noche en la embajada, la imagen de Corina en un vestido rojo tango y de un Velasco, completamente humano, como dos desconocidos, sintiendo un flechazo de profunda atracción, es una de las imágenes más vívidas en la obra y la que marca el inicio del enfoque principal: una historia de amor incondicional. Este recuerdo, es decisivo al desvelar al lector, no solo el lado mortal del mítico Velasco Ibarra, sino a la mujer que le despertó el sentimiento más humano, el amor, y que lo acompañará toda una vida siendo el soporte para sus momentos de quiebre: «Había sido su compañera durante más de cuarenta años, y tras cada uno de los cuatro golpes de estado que sobrevivió [...] ella supo endulzar la amargura de la traición que corroía el corazón avejentado de su marido con la soledad compartida del exilio perpetuo» (Vallejo 2016, 13).

La correspondencia entre Corina y José María, cuando aún eran dos desconocidos flechados por el otro, durante el primer exilio de Velasco en Colombia en 1935, es otro plano narrativo que contribuye a la reconstrucción de un Velasco humanizado. El autor afirma que: la construcción de la correspondencia requirió de un proceso investigativo que involucró leer a fondo la poesía y textos en prosa escritos por Corina, entrevistar a personas pertenecientes al círculo social privado de ella y de Velasco e, incluso, visitar el pueblo de Sevilla, Colombia. A partir de esto, «era un poco imitar su estilo e ir construyendo la historia, ahí sí, desde lo verosímil y no desde lo verdadero» (Vallejo 2018).

Desde allí, la voz de Corina en la primera carta dirigida a Velasco, se posiciona como una voz firme que irradia dulzura, tanto en la vida del protagonista, como en la narración de la obra: «Ahora que estás perdido en ese pueblito del Valle colombiano [...] imagino esos ojos de desamparo a los que yo quisiera mirar con la ternura que guardo para los días aciagos que las traiciones del poder te

procurarán como sucede con los grandes personajes de la historia»
(Vallejo 2016, 44).

A través de Corina, el lector va reconstruyendo a Velasco Ibarra desde una perspectiva plenamente sentimental y poética, apartada de un criterio histórico y político. La visión de Velasco, expresada en las cartas de Corina, deslumbra la fragilidad del hombre, que fue el Mesías de todo un pueblo y su necesidad de una mujer que lo ame y lo sostenga. La configuración de este amor que, como un ágape, concilia: lo que se decía de Velasco y lo que él decía de sí mismo, con lo que Corina veía en su interior en cada una de sus vicisitudes políticas. Evidenciado en los extractos del «Diario de los exilios», que van marcando momentos de la novela, revelando la desmitificación del hecho histórico. Sustentado en el contraste entre la voz de Velasco en los epígrafes y la de Corina en el diario. Verbigracia, en el epígrafe cuarto, se hace alusión al hombre con poder: «Las masas humanas me siguen [...] como seguían a Cristo las multitudes judías»². Esta declaración es parte del personaje mitificado de la historia ecuatoriana, pero que se contrapone a la perspectiva de Corina y a la construcción verosímil de su vida privada en el exilio dentro de la obra. Esto se demuestra en su entrada al «Diario de los exilios»:

En la portada del libro veo a mi José María cuando no es mío; cuando ni siquiera es de él mismo. Está en esa pose vehemente cuando pertenece a la chusma querida [...] que lo sigue como a un Mesías [...] Pero ese rictus me causa miedo porque no es el José María apacible del hogar con el que trato todos los días. Yo lo percibo, más bien, convertido en un guerrero extraño [...] que trasunta la ira del pueblo en el verbo que el pueblo no puede expresar (Vallejo 2016, 308-309).

² Extracto de la carta escrita por José María Velasco Ibarra a Rafael López Jordán, S.I., el 4 de abril de 1952. Constituye el epígrafe del capítulo 4: «Visiones del cadáver del balcón» de la novela *El perpetuo exiliado*.

La imagen de Velasco como el Mesías de la chusma querida se repite en muchos libros escritos por y sobre él e incluso dentro de la novela. Sin embargo, *El perpetuo exiliado* al ser una novela collage transige, en los diferentes planos narrativos, el marcado contraste, a través de voz femenina, de las dos realidades del llamado "dictador vehemente".

El último epígrafe, un extracto de la poesía de Corina, cierra el ciclo de los personajes y de la trama narrativa, volviendo al tiempo real de la novela, dando un presagio del destino final del protagonista, al retomar el tema trágico de la muerte. Puesto que, en el primer capítulo se evocaba a la muerte de Corina, en el último capítulo, Velasco, próximo a morir, evoca a Corina: «[...] mi travesía en pos de la mujer que se ha ido en un viaje sin retorno (...) del amor de Corita, ese fuego cuyo estallido creó todas las cosas que tuvieron sentido para mí desde aquella noche en la embajada [...] esa llamarada inextinguible que hizo de las cosas mundanas el habitáculo para una unidad espiritual entre ella y yo (Vallejo 2016, 428)».

En el último capítulo, uno de los más ricos en cuanto a la incorporación de un juego entre discursos narrativos,³ se ejecuta el desenlace de un Velasco desmitificado. En este, tal como lo aclara el autor (Vallejo 2018), existe una convergencia de tres niveles narrativos: el monólogo interior de Velasco, una crónica de tono periodística acerca de la muerte y entierro de Velasco y un narrador en segunda persona acusativo que revive los fantasmas de la vida de Velasco, e incluso, se retorna a la noche en el hospital en que murió Corina.

A Usted le duele el costado izquierdo al darse cuenta de que nunca se preparó para el fallecimiento de la señora Corina [...] Le duele saberse

³ Técnica característica de la novela collage.

viudo y huérfano de la mujer que debía sobrevivirlo. [...] A Usted lo envuelve esta agonía cuyo único remedio es que el corazón detenga sus latidos por piedad (Vallejo 2016, 389).

La unificación de estos niveles en la narración culmina la propuesta de un Velasco enteramente humano. La narración se pasea por todas las facetas (públicas y privadas) de Velasco, durante los cuarenta años que protagonizó la política del Ecuador, para regresar, finalmente, a 1979, tres semanas después de la muerte de Corina, desmantelando el lecho de muerte del viudo desahuciado en busca de encontrarse con su eterna compañera: «yo en este tiempo después de cumplir la misión que me fue encomendada soy ahora un cadáver viviente [...] quien ruega a dios para que acuda a mí [...] a llevarme para alcanzar junto a Corita la plenitud del ser» (Vallejo 2016, 428).

Finiquitando así la minuciosa desmitificación de una figura política, de-construida en cada uno de los planos narrativos, refleja un hombre más, que sufrió por amor, traición y odio. De esta manera, la novela se aleja de las repetidas interpretaciones de una figura política ecuatoriana, para reconstruir a un personaje que abandona la memoria colectiva, a través de una historia de amor. Precisamente, la sociología biográfica había escrito sobre *El gran ausente*,⁴ había conocido las ideas del político en *Velasco Ibarra: el último caudillo de la oligarquía*,⁵ había estudiado con fino detalle al personaje en *La seducción velasquista*,⁶ pero, por primera vez, desde la literatura, se presenta en *El perpetuo exiliado* al hombre que rompe el espectro de eterno gobernante autoritario y se torna en el eterno enamorado. Pues, como afirma Vallejo en su novela: «el Velasco Ibarra de estas páginas

⁴ Norris, R. 2004. *El gran ausente. Biografía de Velasco Ibarra*. Quito: Ediciones Libri Mundi.

⁵ Cuvi, P. 2007. *Velasco Ibarra: el último caudillo de la oligarquía*. Quito: Eskeletra Editorial.

⁶ De la Torre, C. 1993. *La seducción velasquista*. Quito: Ediciones Libri Mundi / FLACSO.

no pertenece a la Historia sino a la Literatura» (Vallejo 2016, 439).

Conclusiones

La presente monografía se ha centrado en responder a la pregunta: ¿En qué medida la novela collage resulta efectiva para reconstruir a un personaje histórico desde una dimensión más humana? Para lograrlo se trabajó desde un enfoque analítico e interpretativo para comprobar la función y eficacia de cada plano narrativo en la novela, llegando a las siguientes conclusiones:

1. La conversión de la figura mítica y lejana de Velasco en una figura humana y cercana, se logra en el paso de la memoria colectiva a la individual mediante la incorporación de una voz narrativa autorreflexiva que se proclama creadora de la obra en los «Interludios». En ellos, a través de la metalepsis se desvela la figura del autor dentro de la novela, cuyo efecto es el acercamiento entre el lector, el autor y el protagonista, convirtiendo al Mesías en un ser de carne y hueso.

2. La composición humana de la figura de Velasco Ibarra se logra gracias a la función determinante de la voz narrativa femenina dentro de la obra, Corina Parral, analizada a través de tres planos narrativos: las correspondencias, el «Diario de los exilios» y los epígrafes, donde se corrobora la minuciosa desintegración de la figura mitificada de Velasco dentro de una perspectiva humana y sentimental, exhibida en una relación amorosa conciliadora.

De esta manera, he logrado finalizar el proceso investigativo acerca de esta novela collage, que denota riqueza en todos los niveles de la narración empleados, con el fin de transgredir la concepción de un personaje histórico y proponer una figura humana, reconstruida a partir de retazos históricos, poéticos, ficcionales y autorreflexivos.

Textos consultados

Aguilar Monsalve, Luis. 2004. «La Narrativa Ecuatoriana Contemporánea a partir de la década de 1970». *Kipus. Revista Andina de Letras*, No. 17: 55-68.

Lagos Caamaño, Jorge. 2011. «De la metalepsis a la antimetalepsis: de Quintiliano a Genette». *Estudios Filológicos*, No. 47: 83-91.

Vallejo, Raúl. 2016. *El perpetuo exiliado*. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial.

_____. 26 de julio de 2017. «La novela collage». *Acoso textual* (blog). <http://acoso-textual.blogspot.com/2017/07/la-novela-collage.html>

_____. 7 de agosto de 2018. Entrevistado por Eduarda Dávalos. Guayaquil: Universidad de las Artes.

Vernon, Kathleen. 1986. «El lenguaje de la memoria en la narrativa española contemporánea». *Actas del IX Congreso de la Asociación International de Hispanistas, 18-23 de agosto de 1986*, 429-437.

Centro Virtual Cervantes.

<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcjq2z9>

Anexo

Entrevista a Raúl Vallejo, autor de *El perpetuo exiliado*.

Guayaquil: Universidad de las Artes, 7 de agosto de 2018

Raúl Vallejo (Manta, 1959) es un reconocido escritor, cuya trayectoria literaria lo ha posicionado como uno de los más representativos de la literatura ecuatoriana contemporánea. Tuve el privilegio de conocerlo por primera vez, en meses anteriores, en un conversatorio sobre su novela *El perpetuo exiliado*, en un foro organizado por Logos Academy. Vallejo, actualmente, ejerce el cargo de vicerrector de Investigación y Posgrado y director de la Escuela de Literatura, de la Universidad de las Artes, de Guayaquil. En medio de mi nerviosismo, nos encontramos gratamente sentados en su oficina y muy atentamente, con la sencillez que lo caracteriza, iniciamos la conversación.

¿Qué cambios o a hacia qué dirección considera que se ha orientado la literatura ecuatoriana contemporánea? ¿Cómo ha evolucionado desde la generación del 30?

Surgen algunos cambios. Uno de ellos es la traslación del campo a la ciudad. La literatura del 30, sobre todo la del grupo de Guayaquil, es una literatura básicamente rural que se ha trasladado a las ciudades. Aunque, por ejemplo, Joaquín Gallegos Lara, en el año 1946, publica una novela urbana, *Las cruces sobre el agua*, que es una imagen de Guayaquil de las primeras décadas del siglo veinte. Entonces, ahí ya existe una variación de escenarios. Otro de cambio es la interiorización del personaje, es decir, se habla más desde la psicología del personaje, ya no tanto desde la observación desde afuera. En los años 60, toda la literatura trabajó mucho más desde tal interiorización y luego, desde la búsqueda experimental, en la

asunción de todas las formas posibles para la novela.

¿Qué sentimientos, experiencias o motivaciones lo impulsó a construir un narrador que asume el papel de creador dentro de la obra y que, entre líneas, presenta su autobiografía?

En la novela contemporánea, que es heredera del Quijote, se ha acentuado el trabajo sobre lo que es metaliteratura y autorreferencialidad. La metaliteratura es la literatura que habla de literatura, en la literatura. Se habla de la novela, de cómo se escribe una novela, dentro de la propia novela. La autorreferencialidad tiene que ver con la intromisión del autor como personaje de su propia novela. Estos aspectos, ya se encuentran en Cervantes. Estos son viejos caminos que la novela contemporánea presenta como novedades.

En el «Interludio quinto» usted expone una serie de teorías en cuanto a la literatura universal haciendo alusión a las obras de grandes escritores. ¿Considera entonces que su novela es revolucionaria en cuanto a las técnicas empleadas para la literatura ecuatoriana?

El «Interludio quinto» es una manera de explicar la teoría de mi novela, en la propia novela. En general, la literatura contemporánea ecuatoriana trabaja mucho en la experimentación de las formas, con la intromisión del autor dentro del proceso creativo, dentro del proceso de narración. Creo que nuestra literatura, en un sentido amplio, pasa por un gran momento de revolución de la novela. Lo que considero más bien, es que lo que hago en *El perpetuo exiliado* es proponer todas las formas narrativas posibles en un mismo texto artístico. Es por eso que la llamo novela collage. En ella entra desde una narración tradicional en tercera persona, la construcción de diarios, cartas, entre otras, hasta crónica periodística o monólogos interiores de largo aliento. En mi novela entran una serie de elementos discursivos de distinta índole

que contribuye a la construcción de la narrativa experimental del texto literario.

¿Para usted JMVI es o fue un personaje polémico en la historia de la política ecuatoriana? ¿Considera que todavía existe una memoria colectiva sobre Velasco Ibarra?

Velasco es un personaje no solamente polémico, sino que es un personaje que ocupa por lo menos un tercio del siglo XX ecuatoriano (1934 - 1979). Lo que me mueve a escribir es que, a pesar de ello, todas las novelas que se han escrito de Velasco son novelas contra Velasco. Es decir, son novelas escritas desde una militancia política anti-velasquista. Una de las más representativas es *El pueblo soy yo*, de Pedro Jorge Vera, escrita en clave esperpéntica contra Velasco. Yo entiendo, que esa era la posición de los autores en la medida en que estaban viviendo la realidad política del momento y se alineaban desde posiciones liberales y socialistas en contra de Velasco. Si yo hubiera vivido en esos años, seguramente, habría sido anti-velasquista como Pedro Jorge.

Creo que es posible escribir una novela como la mía porque ha pasado mucho tiempo. Velasco muere en el 1979; es decir, han pasado más de veinticinco años al momento de escritura y su figura ya no tiene ninguna influencia en la política. Entonces, es posible un distanciamiento hacia el personaje, lo que permite verlo desde una perspectiva distinta. Lo que yo quería era tener un Velasco humanizado, no un Velasco caricaturizado. Un personaje que tiene sus aciertos, que vive con sus cargos de conciencia, que es feliz con sus amores, que sufre sus desamores. En otras palabras, quise construir un personaje profundamente humano alejado de la caricatura; asimismo, traté de evitar, y ojalá lo haya conseguido totalmente, que el narrador de la novela emita juicios de valor sobre lo que hace Velasco. Los juicios de valor son emitidos por los personajes de la

trama, dependiendo de su relación a favor o en contra del propio Velasco.

¿Cuánto cuidado tuvo para que quien lee encasille a El perpetuo exiliado como una novela histórica?

Yo definiría a *El perpetuo exiliado*, mas bien, como una novela de amor imbricada en cuarenta años de nuestra historia política. En la medida que se trata de un personaje que fue cinco veces presidente de la República, la historia está presente, pero no es lo más importante. Sobre todo, porque la historia es conocida; la historia de Velasco se puede consultar en los muchos libros de historia que existen sobre sus presidencias; se ha estudiado mucho en el campo sociológico y político a Velasco. La literatura, entonces, contribuye con una mirada diferente sobre el personaje histórico, pues privilegia la mirada a partir del desentrañamiento del mundo de lo privado. El desentrañamiento de lo privado no necesariamente es desentrañar una verdad privada. Porque no es posible desentrañar lo que estaban pensando cuando estaban juntos Doña Corina y Velasco. Pero, sí es posible reconstruir, de forma verosímil, lo que simboliza esa historia de amor, esa historia personal a través de lo que son testimonios orales, cartas, poesías, etcétera, a lo que uno puede tener acceso. El resto, como en cualquier novela, es invención. La escritura de una novela es siempre un proceso de construcción de una ficción. Yo digo, al final de mi novela, que este Velasco no pertenece tanto a la historia como a la literatura. Mi Velasco Ibarra, el exiliado perpetuo de mi novela, es una invención, en tanto intimidad, vida privada y subjetividad afectiva. Los sentimientos, el mundo interior no está documentado por los libros de historia.

¿De dónde surgió la inspiración necesaria y la base histórica para poder construir las relaciones entre los personajes como Velasco Ibarra y Pedro Jorge Vera? ¿Qué tan complicado fue?

Cuando uno está escribiendo una novela parece que todas las cosas se alinean. Yo tuve una relación cercana con Pedro Jorge y conversaba mucho con él sobre varios temas de la política, la literatura y, en general, de la vida. Después, tuve una relación cercana con su viuda, la escritora Eugenia Viteri, quien me presenta a la hermana de Corina, a Estela Parral de Terán, pues eran muy amigas y colegas maestras. Ya había fallecido Pedro Jorge cuando conversábamos en la casa de Eugenia, con ella y Estela. Eugenia me comentaba cómo había sido Pedro Jorge y lo que sentía: ¿Por qué Pedro Jorge escribe *El pueblo soy yo*, una gran novela, muy divertida y de profunda reflexión política, así como también de militancia anti-velasquista, que está narrada en clave esperpéntica? La respuesta es, más bien, sencilla: porque los militantes de izquierda, sobre todo los del Partido Comunista se sintieron traicionados por Velasco en 1945, ya que ellos fueron los que lo trajeron para que gobernara.

Entonces, esa relación de amistad con Pedro Jorge y Eugenia me permitió ir construyendo poco a poco esa vida privada del personaje. Ahora, no solamente hablé con ellos. Fui a Buenos Aires y hablé con otros parientes de Corina. Conversé con el hijo de Estela, quien me comentó muchísimas cosas de la vida privada que utilizo en mi texto. Conversé, metódicamente, por al menos medio año con Manuel Araujo Hidalgo, conocido en el mundillo político como el *Omoto*, que fue uno de los más cercanos y leales partidarios de Velasco. Con el testimonio de todos ellos, fui construyendo esa vida privada del hombre público que fue Velasco.

El lenguaje en la obra juega un rol muy importante para caracterizar al personaje protagónico. ¿Qué tan importante fue mantener la homogeneidad del lenguaje en las diferentes circunstancias en las que los personajes se veían inmersos?

El lenguaje es fundamental en toda obra literaria. En el caso de

Velasco, para llegar a ese lenguaje, yo leí la obra filosófica y política de Velasco, escuché sus discursos y eso me permitió ir construyendo su lenguaje. En la literatura los personajes, para que sean verosímiles, tienen que hablar según su propia condición. Así, el lenguaje de Velasco, mi personaje, responde a la retórica de Velasco, el personaje de la historia política del país. Ahora bien, cuando uno construye el lenguaje de la novela, en este caso *El perpetuo exiliado*, uno debe hacer que el lenguaje parezca el de Velasco. Yo tengo que poner a ese lenguaje de tal forma, que un lector contemporáneo no se enrede en muchas cosas. Cualquiera que lee la novela puede encontrar expresiones de Velasco, puede encontrar frases de él, sus formas de decir. Pero al mismo tiempo, yo no quiero copiar su discurso, sino construir uno nuevo. Ese es propiamente el trabajo de quienes escribimos ficción literaria: es un trabajo de lenguaje, sobre el lenguaje, para crear un lenguaje.

¿Qué dificultades supuso para usted la redacción de las cartas de amor entre Velasco y Corina? Teniendo en cuenta que no los conocía y que esta parte de la vida de Velasco no era expuesta al público. ¿Cómo logró que fuera una historia de amor creíble?

El proceso de investigación me llevó a hacer entrevistas a las personas de las que ya hemos hablado. Algunas de esas personas me comentaron qué ocurrió esa noche en la embajada. Por ejemplo, Estela tenía muy presente qué fue lo que le comentó Corina acerca de su primer encuentro con Velasco. Esa noche, ella estaba con el vestido color rojo tango, estaba tocando el piano en la recepción de la Embajada y todo sucedió como un flechazo. Un amor a primera vista que se quedó allí, hasta que Velasco se va a Colombia, durante su primer exilio, e inicia la correspondencia con Corina. Ahora, ¿cómo construí esa correspondencia? En el caso de Corina, yo leí mucho su poesía y sus textos en prosa. Fue un trabajo de imitación de su estilo: así fui

construyendo la historia, ahí sí, desde lo verosímil y no desde lo verdadero. Por ejemplo, a partir de lo que puede sentir una persona que se ve exiliada en un pueblo pequeño como Sevilla, en el Valle colombiano. Cuando yo visité Sevilla, todos tenían una anécdota sobre Velasco; los mayores recordaban que un gran acontecimiento del siglo XX, para Sevilla, fue la llegada de Velasco y el hecho de que se hiciera cargo del colegio de varones del municipio. Pues bien, lo que yo hice fue pensar en el personaje: qué podría sentir quien vive en soledad, luego de haber perdido el poder, está abandonado por sus áulicos y, de pronto, recibe la carta de una mujer con la que tuvo un flechazo tiempo atrás. Entonces, cómo esto se va construyendo me permitió, por un lado, que Velasco pueda contar su punto de vista sobre historia política que había protagonizado (él se la estaba contando a Corina). En la respuesta, me permitió construir cómo Corina, que es una mujer inteligente y profunda, contempla y ve a Velasco, cómo ella le hace el contrapunto y se une a este juego.

Corina es, sin lugar a duda, un personaje clave en el desarrollo de la obra. ¿Qué complicaciones supuso construir a un personaje tan profundo y devoto al amor de su esposo, a partir de lo que se habló de Corina en la sociedad ecuatoriana? ¿Qué tan importante fue romper con el estigma y el recelo con los que Corina tuvo que lidiar?

La sociedad quiteña, muy conservadora, rechazaba a Corina porque Velasco era divorciado, Corina era extranjera y no pertenecía a los círculos sociales donde se movía el gobierno y, en general, la esfera del poder político y económico. Entonces, me planteé una estrategia narrativa: yo no voy a hacer una novela para contar, otra vez, por enésima vez, las mismas anécdotas que se conocen sobre Velasco. Tengo que poner un elemento diferenciador. Me di cuenta de que esta persona (Velasco) ha vivido más tiempo afuera del país durante su vida política: ¿qué pasa con esta mujer que lo acompaña y es la primera

dama, pero que, cada vez y cuando, tiene que hacer sus maletas al apuro y salir corriendo, con peligros reales para su vida? Desde esa reflexión fui construyendo mi personaje. Corina es un personaje que, finalmente, tiene que aguantar toda la depresión, todo el rencor de Velasco contra quienes lo traicionaron una y otra vez. Romper el estigma sobre Corina, de que era una mujer-adorno, no fue solo importante sino indispensable para poder construir un personaje humanizado y revalorizarlo. Por eso, es una novela en la que Corina no solo es un personaje protagónico, sino también un personaje al que, como autor, quiero mucho. Al fin de cuentas, me parece que ella es una mujer inteligente, sencilla, una mujer que sabe llevar la adversidad y que, en medio de la adversidad, se hace cargo de todas las situaciones. Eso es importante; por eso es que, el último pensamiento de Corina, al momento del accidente, es que, para la muerte de ella, Velasco no estaba preparado. Ella estaba preparada para quedar viuda, pero no para que Velasco enviudara de ella. Corina, mi personaje —y creo que la persona también—, sabía que Velasco no podría sobrevivir sin ella.

En una novela, donde quien lee sabe cómo termina la vida los personajes, uno no trabaja sobre la intriga y la sorpresa; uno trabaja a partir del desarrollo de la narrativa para llegar a ese final. Por eso no tengo ningún problema en que la novela se abra con la muerte de Corina. La idea era contar cómo fue el día de su muerte, lo que sucede cotidianamente en ese día, como una representación simbólica del exilio. Lo que sucedió ese día, pasaba siempre. Es lo que permite concentrar en ello todo lo que es el exilio, la muerte, el amor y la soledad.

Los epígrafes demuestran el ciclo en el desarrollo de la obra y de los personajes. ¿Por qué razón decidió colocar únicamente en el primer y último epígrafe a la voz de Corina?

Es una novela que se abre y se cierra con ella. Se abre con ella en la media que, en el primer capítulo, se habla de su muerte y en el último se habla de la muerte de Velasco en la soledad, evocándola en todo momento. La evoca a ella, como el amor que ya no está. Pero también empieza a evocar los fantasmas de su vida política. Hay sucesos que marcan la historia del personaje: por ejemplo, el día del desalojo de los estudiantes que se había tomado la Casona Universitaria, de Guayaquil, ocurrido a fines de mayo de 1969. Sobre eso tengo una anécdota personal: ese día yo estaba en la casa de un amigo que vivía en las calles Sucre y 10 de Agosto; esa noche, asustados como los niños asustados que éramos, oíamos la balacera que estaba ocurriendo en la Casona Universitaria. Para mí, ese es un recuerdo de infancia. Tal vez, por eso resulta un recuerdo tan vívido en el último capítulo para Velasco.

¿En qué medida la voz femenina de la obra contribuye a la creación de esta versión de Velasco?

La idea fue que esa voz de Corina sea una voz fuerte. En el sentido de que sea una voz que va marcando los momentos clave de la novela. Obviamente, darle protagonismo a la voz de Corina fue permitir que el lector tenga otra perspectiva desde el interior del hecho histórico que se enseña.

Finalmente, me gustaría hablar, concretamente, sobre mi pregunta de investigación: ¿Por qué usted llama novela collage a la suya? ¿En qué medida la novela collage resulta efectiva para reconstruir a un personaje histórico desde una dimensión más humana?

Con la denominación novela collage lo que intento señalar es lo siguiente: el collage no es sino una mezcla de elementos de diversa índole; en esta novela, utilizo distintas técnicas expresivas que están utilizando lenguajes de diferentes géneros discursivos, según los señalamientos de Bajtín. La técnica de la novela collage me

permite construir una variedad de discursos que contribuye, con su respectivo punto de vista, al sentido complejo de lo narrado. Por eso, utilizo el discurso de la crónica periodística, el discurso del género testimonial, el discurso del género epistolar, o el fluir de conciencia. Por ejemplo: en el último capítulo hay una convergencia del fluir de conciencia con una crónica periodística y con un narrador en segunda persona que interpela al personaje, ya anciano y cercano a la muerte. Estos tres niveles de narración permiten una mirada completa sobre el personaje y esto permite mostrarlo en la complejidad de su condición humana. Asimismo, construye un lenguaje para Corina y otro para Velasco, para que, en combinación, con el de los narradores, hagan de la novela un coro de voces. Los «Interludios» y sus correspondientes exergos, que añaden la voz del autor en contrapunto con la voz de sus personajes, contribuyen a que quien lee tenga un remanso entre capítulo y capítulo, y al diálogo del autor y sus lectoras y lectores: es como decirle a quien lee: «aquí no hay trampa, estas son las posibilidades y tú, lectora, lector, las tienes a tu disposición».